
Ángeles Alemán Gómez, *Pino Ojeda, Colección Biblioteca de Artistas Canarios*, vol. 59, Gobierno de Canarias, Santa Cruz de Tenerife, 2019, 160 págs., ISBN 978-84-7947-110.

Ha visto la luz el número 59 de la ya consolidada Biblioteca de Artistas Canarios, firmado por la Dra. Ángeles Alemán Gómez que aborda la figura de Pino Ojeda. La presencia de ambas en dicha colección, tanto la de Ángeles como la de Pino, todo hay que decirlo, resultan más que obligadas y justificadas. La primera por ser una rigurosa investigadora, estudiosa, profesora y crítica de arte contemporáneo; la segunda, la protagonista, por las distintas aportaciones con las que contribuyó a forjar el escenario cultural canario de la segunda mitad del pasado siglo.

A medida que fui avanzando en la lectura del libro iba ratificándome en el acierto que tuvo la autora al intentar presentarnos a Pino Ojeda, en la primera página de su «Estudio crítico». Recurre para ello a dos palabras, «lava rugiente», extraídas textualmente de un poema, «Unidad en ella» de Vicente Aleixandre (p.11). En efecto, la lava, ese líquido denso y ardiente parece estar siempre presente en sus poemas y en sus lienzos, y cuyo significado, por su origen y entorno, podría interpretarse, aparentemente, sin grandes problemas por el espectador o el lector. Pero les advierto de que no, no resulta nada fácil su explicación, como tampoco ha debido ser, el afrontar una investigación completa y certera sobre esta poliédrica creadora. Pero de ello Ángeles Alemán debió ser plenamente consciente cuando aceptó el encargo, ya que la primera pregunta que honestamente se formula es ¿quién era realmente Pino Ojeda?

En la complejidad de este interrogante y en su consiguiente respuesta, radica, a mi juicio, uno de los grandes valores de su «Estudio crítico», primer apartado del libro (pp. 11-119). A lo largo del mismo ha afrontado la ardua tarea de ahondar en el pensamiento y obra de una creadora que además de pintora y poeta, es ávida lectora, galerista, librera, gestora cultural..., todas facetas bien visibles, a las que se suman otras más soterradas, pero igual de trascendentales a la hora de intentar definir su personalidad: la melancolía y la fascinación por el mundo espiritual. De modo que Arte, vida y cavilación se aúnan en esta artista de origen terorense, que ya en su juventud, instalada en Vegueta, tiene como profesor de literatura, en el instituto Pérez Galdós, a Agustín Espinosa, a quien en parte debe su atracción por la poesía. Pero para entonces, tal como aventura la autora, es probable que sus vivencias en El Palmar de Teror, donde nació en 1916, y en las medianías de la isla, le abrieran las puertas hacia el mundo telúrico de las sahorinas, manteniendo a partir de entonces un interés excesivo por las prácticas adivinatorias. La dualidad entre su faceta más intelectual y esa otra, esotérica, la convierte en un personaje fascinante como mujer y como creadora.

Por otra parte, el marco temporal en el que desarrolla Pino Ojeda su vida intelectual es muy amplio, podemos situar su origen en la década de los cuarenta y el final, en 2002, año de su fallecimiento. Son casi sesenta años de trayectoria, un periodo, además, de mucha complejidad, años en los que tiene lugar una guerra que le arrebató a su marido, padre de su único hijo, una contienda que frena todo

progreso cultural y, una posguerra en la que se vive con miedo y con muchos vacíos culturales que Pino Ojeda, al igual que otros artistas o intelectuales, intentará llenar. Por fortuna, la última etapa de su vida se desarrolla en un ambiente sociocultural mucho más abierto y fecundo. Por ello, recorrer su itinerario vital ofrece al lector la posibilidad de rescatar con datos inéditos, un panorama cultural diverso, mediatizado en los primeros años por el miedo que vivieron muchos, como el propio Agustín Espinosa, o por las imborrables heridas que sufrieron otros, como Juan Rodríguez Doreste, quien le apoya en sus pasos iniciales, o por la solidaridad que profesaron otros, como Juan Ismael a quien le unirá una gran amistad en Tenerife, a donde se vio obligada a marchar para trabajar en 1944. A él le debe no solo un retrato, reflejo del desolado estado que vivió tan solo pocos años antes, cuando en La Palma estuvo a punto de suicidarse, sino también la puerta para acceder a un grupo de amigos, jóvenes intelectuales, y participar en la primera revista de poesía que iluminaba aquellos oscuros tiempos, Mensaje, en la que colaboraron plumas destacadas como Eduardo Westerdhal y Domingo Pérez Minik. Es en este momento cuando también empezamos a ver la pintura de Pino Ojeda, aunque en un ejercicio muy hábil por parte de la autora, nos la presenta perfectamente imbricada con la poesía de Juan Ismael, rescatando los poemas que entonces le dedicara (pp. 20-22).

Su relación con la Escuela Luján Pérez, a partir de 1947, una vez que regresa a Gran Canaria, se aborda en uno de los primeros epígrafes del libro (pp. 23-26). Resulta fundamental para seguir conociéndola como pintora, cuando alejándose un poco de las técnicas habituales de sus compañeros, opta por investigar en la encáustica fría, con la que lograría resultados brillantes de color y textura. Poco después iniciaba cuadros de figuración geométrica, ampliando sus nociones al conocer a otros grandes artistas, entre ellos, Plácido Fleitas, Felo Monzón, Lola Massieu y Santiago Santana, entonces director del centro. Coinciden esos años con su diversificación profesional, abre sus primeros negocios, una librería que no le dio rendimientos económicos y trabaja en un programa radiofónico, haciéndose cargo de un espacio que denominó «Un cuarto de hora artística literario», en el que difunde noticias de arte, literatura, y música. En sus intervenciones, recogidas en otro epígrafe de idéntica denominación, descubrimos cuanta información manejaba Pino Ojeda sobre la actividad artística del momento, viajes de artistas, exposiciones, críticas... (pp. 28-30). Es esta una de las facetas más desconocidas e interesantes de Pino Ojeda, y por tanto, una de las aportaciones más relevantes del texto.

Durante los años 50 la poesía siguió siendo su ocupación prioritaria, de ahí que estén más que justificadas las páginas que bajo el subtítulo «Las revistas», analizan sus aportaciones en distintas publicaciones (pp. 33-37). Participó en «Planas de Poesía», y creó y dirigió una página de poesía titulada «Alisio», contando con Juan Ismael como ilustrador. A través de ella contacta con otros poetas españoles como Vicente Alexandre o Juan Ramón Jiménez. También participó de manera muy activa como escritora en los dos primeros números de la revista «Mujeres en la Isla», suplemento de «Diario de Las Palmas», que contó con una redacción formada exclusivamente por mujeres. Pero la segunda

mitad de esa década supone también el inicio de su madurez como pintora, hecho reconocido por Eduardo Westerdahl, quien en 1955, como responsable de la selección de artistas canarios, a participar en la III Bienal Hispanoamericana de Arte, que tendría lugar en Barcelona, le solicita tres de sus piezas. Se trataba de obras de líneas muy geométricas y planos de color limpios, muy cercana a las opciones estéticas defendidas por el crítico tinerfeño.

Resulta inevitable señalar 1956 y 1957 como años fundamentales en la consolidación de Pino Ojeda como pintora, y de ahí que formen parte de otro sub apartado, «La pintura y su proyección» (pp.43-54), donde se habla de su primera exposición individual, celebrada en el Instituto de Estudios Hispánicos del Puerto de la Cruz, y de otra muestra que, integrada por 37 obras, inaugura en el Casino Principal de Tenerife, invitada por Francisco Bonín, producción que posteriormente vuelve a exhibir en el Instituto de Estudios Hispánicos, junto a nuevos cuadros. Las técnicas utilizadas son heterogéneas, óleo, gouache, encáustica fría, pastel, y un óleo esmalte. Esta última posiblemente formaba parte, como nos indica Ángeles Alemán de los experimentos que la conducirían al uso de los esmaltes y lacas en su plenitud creativa.

Otra etapa relevante en su vida cultural transcurre entre 1958 y 1969, cuando abre y dirige una galería de arte con su nombre, localizada en la playa de Las Canteras, una propuesta muy avanzada que ella misma definió « [...] como un negocio bastante ruinoso en esta tierra isleña. Donde los que pueden comprar cuadros no los compran y los que no compran porque no tienen posibilidades económicas, quisieran comprarlos» (p. 59). Aunque no le diera beneficios económicos, hay que reconocer que su galería tuvo una gran repercusión en la vida cultural de la isla, convirtiéndose en elemento dinamizador. De hecho, allí tendría lugar entre el 17 de noviembre y el 2 de diciembre de 1959, una exposición que podría considerarse el embrión del Grupo Espacio. Se tituló «6 pintores abstractos de la Escuela Luján Pérez», lo que nos sugiere la modernidad que encerraba esta propuesta. Las obras presentadas por Pino Ojeda son de transición. Reflejan su inquietud por realizar paisajes abstractos, mezclando óleo con lacas, con los que poco después entraba ya en su etapa de solidez, un periodo al que el libro dedica, razonablemente, un gran epígrafe, «La madurez. Las lacas y los paisajes», (pp. 62-70) en el que se subrayan las singularidades de esta producción, en la que predomina la abstracción y el colorido denso y oscuro, captando panorámicas casi sublimes, visiones que surgen en su interior más que en su retina. El horizonte de Lanzarote, las coladas volcánicas de las islas, la lava atravesando laderas, la costa, son los temas más cultivados, siempre titulados de forma sugerente, «Paisaje volcánico», «Ribera china», «Reflejos en la orilla», «Mar Turbio», «Gruta», «Mar Ártico». La técnica entronca con la abstracción matérica que preconizaban muchos artistas europeos de aquellos años.

Con esas obras llegaba la proyección nacional de la artista, un itinerario que inicia en Mallorca y Madrid y que concluye en Barcelona. Las reseñas al paisaje canario están siempre presentes en las críticas que escritores de la talla de Ángel Marsá o Camilo José Cela, por citar dos ejemplos, dedicaron a su obra, textos que luego reproducirá en el catálogo de una exposición que celebra en 1966, en

el Gabinete Literario. Lo más innovador fue la presentación que Pino Ojeda hizo de su producción, una especie de declaración de intereses. La conferencia relata en la primera parte su relación con la poesía, rescatando para ello una decena de poemas, mientras que en la segunda justifica su conexión con la pintura, de la que la muestra servía de perfecta ilustración. Del texto recogido en este volumen se pueden entresacar muchas ideas pero particularmente me ha llamado la atención la definición que nos deja de su estilo: «el suprarrealismo» (pp. 82-92). Es más, en algunas de las entrevistas que realizó comentó la atracción que sentía por ambas expresiones artísticas: «El paisaje para mí es poesía pero para expresar mis situaciones ante él necesito de la pintura. Me conmueve, me subyuga y capta de tal forma, que me faltan palabras para definirlo con la literatura. Sentimiento y poesía forman por tanto, un todo» (p. 88).

Los años setenta abren un nuevo capítulo en su vida y también en el libro, son los años de su proyección internacional (pp. 93-102). Cierra la galería y se hace con una administración de lotería que mantiene hasta su jubilación. No deja de pintar y, lo que es más, logra cumplir su aspiración de viajar a Suecia y exponer en Estocolmo, gracias al contacto que estableció con distintos escandinavos que visitaron su sala de exposiciones. Allí cosecha importantes críticas pero lo que es más importante hace uno de los descubrimientos que más le impactaron en su vida, el paisaje de Laponia, quedando impresionada por la magia que emanaba de la transparencia del cielo y el mar. Viaja también por Alemania y Austria. Tras retornar a España prepara una nueva exposición en Florencia, cuyo catálogo fue prologado por el crítico Juan Eduardo Cirlot. Regresa muy satisfecha, ya que no solo vendió un buen número de cuadros, sino que también logró un acuerdo con la sala para dejar en depósito más obra que también fue vendida en fechas posteriores.

Una de las cuestiones más sutiles e interesantes de la vida de Pino Ojeda es su capacidad para reinventarse continuamente, siendo capaz de mantenerse fiel a sus principios y sobre todo a los amigos artistas, con los que contribuyó activamente con nuevas ideas a partir de 1980. Sin embargo, por entonces, sufre un grave problema de salud que le impide pintar con lacas. Pero su fuerza interior es inalterable, y reorienta su producción hacia dibujos que realiza a bolígrafo sobre papel. Son sus «dibujos síquicos» que deben mucho a los que Juan Ismael había realizado para ilustrar «Alisio». Recurre también en estos años al collage, piezas muy expresivas, llenas de significado, con las que ejerce una crítica cargada de ironía sobre la sociedad que le rodea. Los paisajes estarán presentes en sus cuadros pero en pequeño formato. Atrás deja las lacas para innovar con diferentes texturas, arenas, polvo de plata u oro, y otros productos.

Pese a su resquebrajada salud, mantiene el ánimo y no solo colabora en actividades culturales, sino que también decide aprender la técnica de la cerámica con Eduardo Andaluz, retomando así la atracción que sentía por la escultura desde que años atrás, Abraham Cárdenes le enseñara los primeros rudimentos. Muestra de su inquebrantable curiosidad, pese a que su vida se iba apagando, fueron los múltiples dibujos de abstracta geometría, evocadores de los que realizaba en sus primeros años pero que ahora ejecuta con el ordenador. Pino Ojeda fallecía en

2002 pero muy poco antes colaboraba en una biografía que elabora Juan Francisco Santana y, con Teo Mesa, en la preparación de una exposición antológica que lamentablemente fue inaugurada a modo de homenaje póstumo en septiembre. Esta amalgama de intereses y su continua lucha por mantenerse activa en la pintura, en la poesía y también, cómo no, en la gestión cultural, durante las dos postreras décadas de su vida, dan forma a los últimos epígrafes, «La escultura como pasión soterrada», «Pino Ojeda desde la perspectiva de género» y «La pintura hasta el último suspiro» (pp.103-119).

Después de exponer estos datos, comprenderán mejor por qué cuando comenzaba esta reseña aludía a la dificultad que para Ángeles Alemán debió ser afrontar el análisis crítico de una artista intensa, interdisciplinar, sorprendente, valerosa, vanguardista, que tuvo mucho que ver con la dinamización de la cultura de la posguerra. Y lo ha hecho apoyándose en su habitual rigor investigador y en un lenguaje culto, propio de cada una de las disciplinas que desarrolla la artista, pero también ameno, ofreciéndonos una estructura clara y concisa que nos permite entender los entresijos de una experiencia vital y artística muy compleja.

No está de más recordar que el libro se nos presenta siguiendo un formato que a todos los que hemos consultado esta colección nos resulta bastante familiar, de modo que tras el «Estudio crítico», podemos consultar el apartado, «Cronología» (pp. 123-134), en el que se recogen minuciosamente los hitos más importantes de su vida y trayectoria. El volumen se acompaña también de una «Antología de textos» (pp. 135-148) que avala, por una parte, el carácter científico de la aportación y da buena cuenta, por otra, del interés que Pino Ojeda despertó no solo en su medio local, sino también en los ámbitos nacional e internacional. Esta recopilación incluye firmas como la de Eduardo Westerdahl, Ángel Marsa, Juan Eduardo Cirlot, Paloma Herrero, Betty William, Ellis Royston y José Agudo, entre otras (pp. 135-147). La profusa «Bibliografía» utilizada (pp. 152-153), inequívoco signo del esfuerzo investigador, y la relación de «Obras y Documentos reproducidos» (pp. 155-159) completan los apartados del libro. En definitiva, creo que Ángeles Alemán da respuesta a esa incógnita que abría en la primera página cuando abiertamente se cuestionaba quién era realmente Pino Ojeda. La resolución se descubre a lo largo de un texto rico en matices, en notas a pie de página, en datos inéditos e ilustraciones, 158 en total, que reproducen obras, cartas, poemas y escritos, que continuamente ratifican las ideas expuestas por la autora.

Ana María Quesada Acosta
Universidad de La Laguna
Departamento Historia del Arte y Filosofía
<https://orcid.org/0000-0002-5588-8292>
aquesada@ull.es